

El cosmos de nuestro Creador

Élder Neal A. Maxwell

El élder Neal A. Maxwell (1926–2004) fue miembro del Quórum de los Doce Apóstoles. Este discurso se dio en la conferencia anual número veintiséis de educadores de religión del Sistema Educativo de la Iglesia, el 13 de agosto de 2002, en la Universidad Brigham Young.

La educación religiosa de nuestros jóvenes y jóvenes adultos en nuestros seminarios e institutos de religión, y en nuestras escuelas, escuelas superiores y universidades de la Iglesia, es uno de los programas más eficaces y productivos de la Iglesia.

Aunque el deber de ustedes es servir a la “nuevas generaciones”, confío en que su deber desde hace mucho tiempo ya se haya convertido en su placer. Gracias, ¡desde lo más profundo de mi corazón! Y gracias también al hermano Randy McMurdie, quien ayudó tanto con los arreglos de las ayudas visuales especiales.

Quiero agradecerle al Profesor Eric G. Hintz de la Universidad Brigham Young, astrónomo observacional, por sus sugerencias tan útiles y sustanciales en cuanto a estos comentarios. Por medio de él, he tenido el placer de tener conocimiento del creciente número de alumnos Santos de los Últimos Días que están estudiando astronomía y astrofísica avanzadas. Para ellos y para todos nosotros, estas palabras de Anselmo constituyen un buen consejo: “Crear a fin de entender”, en lugar de “Entender a fin de creer”.¹ Yo, y sólo yo, soy responsable de lo que digo. Mi tema es “El cosmos de nuestro Creador”.

Suplico la ayuda vital del Espíritu al hablarles como Apóstol y no como astrofísico. Como testigo especial, hablaré del testificante universo: “Las Escrituras están delante de ti; sí, y *todas las cosas* indican que hay un Dios, sí, aun la tierra y *todo* cuanto hay sobre ella, sí, y su movimiento, sí, y también todos

los planetas que se mueven en su orden regular *testifican que hay un Creador Supremo*” (Alma 30:44; énfasis agregado).

Que lo que viene a continuación—no mis palabras, sino las contundentes palabras de las escrituras junto con algunas impresionantes imágenes—aporte asombro y reverencia acerca de las maravillas que han efectuado el Padre y el Hijo para bendecirnos.

Bajo la dirección del Padre, Cristo fue y es el Señor del universo, “el mismo que *contempló la vasta expansión de la eternidad*” (DyC 38:1; énfasis agregado).

El difunto Carl Sagan, quien impartió conocimientos eficazmente sobre la ciencia y el universo, perspicazmente observó que

En algunos aspectos, el asombro provocado por la ciencia ha superado con creces al de la religión. ¿Cómo es que casi ninguna de las principales religiones ha contemplado a la ciencia y llegado a la siguiente conclusión: “¡Esto es mejor de lo que pensamos! El Universo es mucho más grande de lo que dijeron nuestros profetas, más grandioso, más sutil, más refinado. Dios debe ser incluso más grande de lo que hemos soñado”? En cambio, dicen, “¡No, no, no! Mi Dios es un Dios pequeño, y quiero que permanezca así”. Una religión, antigua o nueva, que resaltara la magnificencia del Universo según lo revela la ciencia moderna podría extraer reservas de reverencia y asombro apenas explotadas por las religiones convencionales. Tarde o temprano, surgirá tal religión.²

A los Santos de los Últimos Días ciertamente no nos debe faltar reverencia y asombro, especialmente cuando contemplamos el universo en el contexto de las verdades divinamente reveladas. Sí, el cosmos “según lo revela la ciencia moderna” es “refinado”, como escribió Sagan. ¡Pero el universo también late con un propósito divino, de manera que nuestro asombro es mayor, brindando aun mayores razones de reverencial asombro respecto a “la magnificencia del universo”!

Claro está que la Iglesia no se alinea con los astrofísicos del 2002, ni tampoco aprueba ninguna teoría científica particular acerca de la creación del universo.

Al llevar a cabo su importante labor, los astrofísicos usan el método científico y no buscan respuestas espirituales. Algunos científicos comparten

nuestra creencia en explicaciones religiosas acerca de estas vastas creaciones, pero algunos ven nuestro universo como un universo sin creador. Privados de la creencia en significado cósmico, algunos, como los describe un escritor, ven a los humanos como que son “forzados a entrar lloriqueando en un universo extraño”.³

¡Las escrituras nos dicen rotundamente lo contrario!

No obstante, ¿nos estimulan lo suficiente las grandiosas palabras de las escrituras con las que hemos sido bendecidos? ¿Nos estamos convirtiendo gradual y constantemente en la “clase de gente” que refleja tales elevadas doctrinas con nuestra aumentada santificación espiritual? Hermanos y hermanas, Dios está regalando los secretos espirituales del universo; ¿estamos escuchando?

En la vida diaria como discípulos, se nos instruye: “Fortaleced las manos caídas” (Hebreos 12:12). ¿Por qué no esforzarse también en “fortalecer” las a veces pasivas y limitadas *mentes* que también están “caídas”, ajenas al asombroso panorama del todo?

Dado todo lo que Dios ha hecho para preparar un lugar para nosotros en el vasto universo, ¿no podríamos desarrollar y mostrar mayor fe? En las perplejidades y complicaciones de la vida, ¿tendremos fe en que el Creador haya “proveído todo lo necesario” para llevar a cabo todos sus propósitos?⁴

Hace años, el presidente J. Reuben Clark, hijo, hizo este reconfortante comentario: “Nuestro Señor no es un novato, él no es un amateur; él ha recorrido esta vía una y otra y otra vez”.⁵

Hermanos y hermanas, ¿no ha descrito el Señor sus vías como “un giro eterno”? (DyC 35:1; véase también 1 Nefi 10:19; Alma 7:20; DyC 3:2).

Un mayor aprecio por el gran universo nos ayudará también a vivir una vida más recta en nuestros propios y pequeños universos de la vida cotidiana. Asimismo, un mejor entendimiento del gobierno de Dios de las vastas galaxias puede conducirnos a un mejor autogobierno.

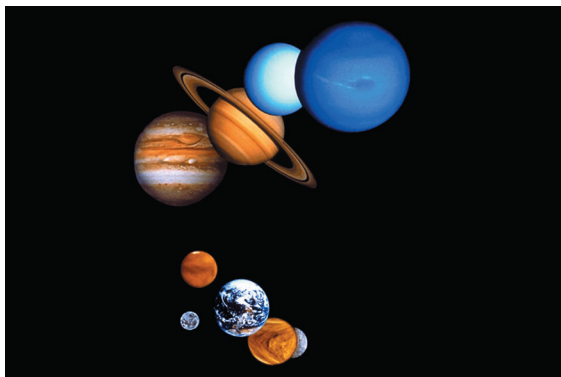
Ahora pasemos a una mezcla de escrituras, ilustraciones y comentarios científicos.

Consideren esta foto de nuestra hermosa tierra con nuestra luna en primer plano:



Reflexionen sobre cuánto tiempo le costo al hombre llegar a la luna, ¡y sin embargo ésta está en nuestro propio patio trasero!

Los recursos tan necesarios para mantener la vida humana se proporcionan muy generosamente en este particular planeta; a menos que sean mal administrados, se nos dice que



hay “suficiente y de sobra” (DyC 104:17). Sin embargo, con todo lo grande que es esta tierra—y todos los viajeros podemos atestiguar de ello—Stephen W. Hawking nos ha proporcionado una perspectiva aleccionadora: “[Nuestra] tierra es un planeta de *tamaño medio*, orbitando

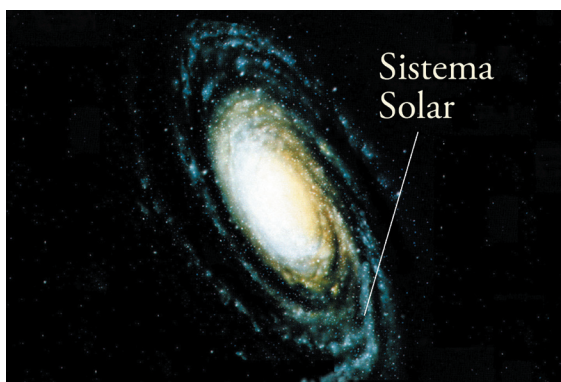
alrededor de una estrella normal en las afueras de una galaxia espiral *común y corriente*, la cual de por sí es una de un millón de millones de galaxias en el universo observable”.⁶

Un científico que no cree en el diseño divino notó, no obstante, que “al contemplar el universo e identificar los muchos accidentes... que han obrado para nuestro beneficio, parece casi como que el universo de alguna manera sabía que veníamos”.⁷

Las condiciones en esta tierra aparentemente son más favorables que en cualquier otro sistema solar.

Si, por ejemplo, el planeta tierra estuviera más cerca del sol, nos quemaríamos, y si estuviera más lejos, nos congelaríamos.

Ahora fíjense en la flecha, que señala aproximadamente donde está situado nuestro sistema solar en medio de la increíble extensión de nuestra



propia galaxia, La Vía Láctea.

En esta imagen, aunque nuestro sistema solar se extiende millones de millones de millas, ¡es demasiado pequeño como para poder verlo! ¡Oh, el asombroso alcance de todo!

En una noche despejada, ustedes y yo podemos ver algunas partes de la Vía Láctea, pero imagínense: ¿cómo reaccionaríamos si el hecho de ver las estrellas sucediera sólo una vez cada mil años? Ralph Waldo Emerson escribió de cómo entonces “los hombres creerían y adorarían; y conservarían por muchas generaciones el recuerdo de la ciudad de Dios que se les había mostrado”.⁸

Con razón las escrituras nos indican lo amplio y variado que es el testimonio de Dios para nosotros: “Y he aquí... se han creado y hecho todas las cosas para que den testimonio de [Dios]... cosas que hay arriba en los cielos, cosas que están sobre la tierra... *todas las cosas testifican de [Dios]*” (Moisés 6:63; énfasis agregado).

Ahora, contemplan lo que constituye tan sólo una sección dentro de nuestra vasta galaxia, la Vía Láctea:

¿No es asombroso? ¡Especialmente cuando nos damos cuenta que las distancias entre esos puntitos brillantes son tan grandes!

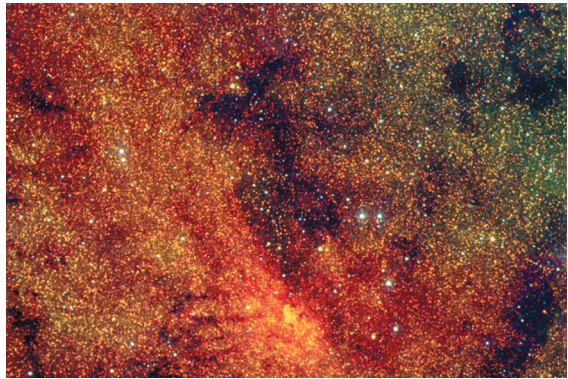
Sea cual sea el *cómo* del proceso de creación de Dios, se plantean cosas espiritualmente reconfortantes acerca del principio, “más allá del más allá”, de hace tanto

tiempo. “Y estaba entre ellos uno que era semejante a Dios, y dijo a los que se hallaban con él: “Descenderemos, *pues hay espacio allá*, y tomaremos de estos materiales y haremos una tierra sobre la cual éstos puedan morar... Y descendieron *en el principio*, y ellos... *organizaron y formaron los cielos y la tierra*” (Abraham 3:24; 4:1; énfasis agregado).

Notablemente, según algunos científicos, “Nuestra galaxia, la Vía Láctea, está situada en *uno de los espacios relativamente vacíos* entre las Grandes Murallas”.⁹

Hay espacio allí.

A medida que los científicos continúan explorando más allá de nuestra galaxia con el telescopio espacial Hubble, descubren cosas asombrosas como la “Keyhole Nebula” con sus propias estrellas.



Cortesía de NOAO/AURA/NSF

El telescopio Hubble nos ha mostrado muchísimo más; y, utilizando una de las palabras favoritas de sus estudiantes, ¡es impresionante!

La siguiente imagen es de una región de estrellas en formación que contiene *material no organizado*.

“Y así como dejará de existir una tierra con sus cielos, así aparecerá otra” (Moisés 1:38).

Ahora vemos una imagen de “los restos” después de morir una estrella.

“Porque he aquí, hay muchos mundos que por la palabra de mi poder han dejado de ser” (Moisés 1:35).

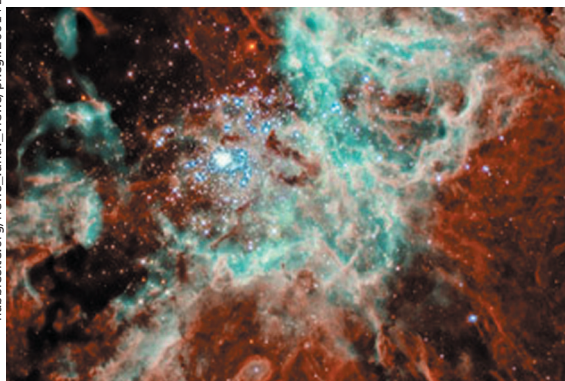
En la letra del himno “Grande Eres Tú”, sobre el universo y la Expiación, cantamos, “le adoraré cantando la grandeza de su poder y su infinito amor”.¹⁰

Fuera cual fuera la manera en que Dios inició el proceso, aparentemente hubo supervisión divina: “Y los Dioses vigilaron aquellas cosas que habían ordenado *hasta* que obedecieron” (Abraham 4:18; énfasis agregado).

De una manera significativa, nosotros aquí en la tierra no estamos solos en el universo. En *Doctrina y Convenios*, que será el enfoque de su estudio en este año escolar, leemos “que por [Cristo], por medio de él y de él los *mundos*



hubblesite.org/news_and_views/prcgi.2000-06



hubblesite.org/news_and_views/prcgi.2001-1-21



antwpr.gsfc.nasa.gov/apod/ap020714.html

son y fueron creados, y *sus habitantes* son engendrados hijos e hijas para Dios” (DyC 76:24; énfasis agregado; véase también Moisés 1:35).

No sabemos *dónde* están o *cuántos* otros planetas habitados existen, aunque parece que estamos solos en nuestro propio sistema solar.

En cuanto al papel continuo del Señor entre sus muchas creaciones, se ha revelado muy poco. Hay indicios, sin embargo, de reinos y habitantes.

“Por consiguiente, compararé todos estos reinos y sus habitantes a esta parábola, cada reino en su hora y en su tiempo y su sazón, de acuerdo con el decreto que Dios ha establecido” (DyC 88:61).

El Señor incluso nos invita a que “[meditemos] en [nuestro] corazón” esa particular parábola (v. 62). Tal meditación no significa hacer conjeturas inútiles, sino más bien tener la expectativa paciente y mansa de revelaciones adicionales. Además, Dios dio sólo información *parcial*—porque “no todas” sus obras fueron reveladas—a Moisés, con “sólo... un relato de esta tierra y sus habitantes” (Moisés 1:4, 35), pero Moisés aún aprendió cosas que “nunca [se] había imaginado” (v. 10). No obstante, ¿no adoramos a un Dios de sólo un planeta!

Ahora contemplen esta imagen de lo que se llama “el espacio profundo”:

Casi cada punto que ven en este cuadro, cortesía del telescopio Hubble, ¡es una galaxia! Piensen en nuestra propia galaxia, la Vía Láctea. Se me informó que cada galaxia aquí tiene del orden de cien mil millones de estrellas. Sólo este pequeño rinconcito del universo tiene casi incontables mundos.



Anteriores creyentes en los designios divinos incluyen a Alexander Pope. Así se expresó acerca de las maravillas de este universo:

Un grandioso laberinto, mas no carente de plan...
 Por mundos incontables aunque el Dios sea conocido,
 En el nuestro debemos descubrirlo a Él...
 [Aunque] otros planetas giran alrededor de otros soles.¹¹

Felizmente para nosotros, hermanos y hermanas, ¡lo *vasto* de las creaciones del Señor se compara con lo *personal* de sus propósitos!

“Porque así dijo Jehová, que creó los cielos; él es Dios, el que formó la tierra, el que la hizo y la estableció; no la creó en vano, sino para que fuese habitada la formó” (Isaías 45:18; véase también Efesios 3:9; Hebreos 1:2).

“Y he creado incontables mundos, y también los he creado para mi propio fin... Porque he aquí, hay muchos mundos que por la palabra de mi poder han dejado de ser. Y hay muchos que hoy existen, y son incontables para el hombre; pero para mí todas las cosas están contadas, porque son mías y las conozco” (Moisés 1:33, 35).

Uno se podría preguntar, ¿cuál es el propósito de Dios para los habitantes de la tierra? Queda mejor expresado en ese lacónico versículo con el que todos están tan familiarizados: “Porque, he aquí, ésta es mi obra y mi gloria: Llevar a cabo la inmortalidad y la vida eterna del hombre” (Moisés 1:39).

Por consiguiente, en la vasta expansión del espacio, existe un asombroso sentido de lo *personal*, ¡pues Dios conoce y ama a cada uno de nosotros! (véase 1 Nefi 11:17). ¡No somos una mera cifra en el espacio inexplicable! Mientras que la pregunta del Salmista era, “¿Qué es el hombre para que tengas de él memoria?” (Salmos 8:4), la humanidad constituye el mismo centro de la obra de Dios. Somos las ovejas de su mano y el pueblo de su pastoreo (véase Salmos 79:13; 95:7; 100:3). Su obra incluye nuestra inmortalización, ¡lograda mediante la gloriosa Expiación de Cristo! Piensen en ello, hermanos y hermanas: aun con toda su extensa longevidad las estrellas no son inmortales, pero ustedes sí.

Las revelaciones nos aportan muy poca información acerca de *cómo* el Señor lo creó todo. Los científicos, mientras tanto, se centran en *cómo*, *qué* y *cuando*. No obstante, algunos de ellos reconocen la perplejidad ante el *porqué*. Hawking dijo: “Aunque la ciencia resuelva el problema de cómo comenzó el universo, no puede contestar la pregunta: ¿*Por qué* el universo se toma la molestia de existir? Yo no sé la respuesta de eso”.¹²

Albert Einstein comentó acerca de sus deseos: “Quiero saber *cómo* creó Dios este mundo. No me interesa este o aquel fenómeno, en el espectro de este o aquel elemento. Quiero conocer sus pensamientos; el resto son meros detalles”.¹³

El Dr. Allen Sandage, un creyente de diseño inteligente, fue ayudante de Edwin Hubble. Sandage escribió: “La ciencia... está preocupada con el

qué, cuándo y cómo. No contesta, ni puede contestar, dentro de su método (por muy poderoso que sea ese método), el *porqué*".¹⁴

Misericordiosamente, se nos dan respuestas vitales y cruciales a las preguntas de *por qué* en revelaciones que contienen las respuestas que más nos interesan. Enoc, habiendo visto cosas vastas y espectaculares, se regocijó, ¿pero en qué? Se regocijó en su seguridad personal acerca de Dios: "Y tú todavía estás allí" (Moisés 7:30). Enoc incluso vio a Dios llorar por innecesarios sufrimientos humanos, lo cual nos dice mucho sobre el carácter divino (véanse los versículos 28–29). Pero ése es un tema para otro momento.

Desgraciadamente, aun con las extraordinarias revelaciones sobre el cosmos y los propósitos de Dios, la gente puede alejarse. Esta gente se alejó: "Y sucedió que... el pueblo comenzó a olvidarse de aquellas señales y prodigios que había presenciado, y a asombrarse cada vez menos de una señal o prodigio del cielo, de tal modo que comenzaron a endurecer sus corazones, y a cegar sus mentes, y a no creer todo lo que habían visto y oído" (3 Nefi 2:1).

De manera que, al meditar sobre la grandeza creativa de Dios, se nos dice también que consideremos la belleza de los lirios del campo. Recuerden, ¡"todas las cosas" dan testimonio de él! (véase Alma 30:44).

En esta imagen vemos lirios, y luego, de cerca, diseño divino. El mismo diseño divino del universo se encuentra en miniatura en los lirios del campo (véase Mateo 6:28–29; 3 Nefi 13:28–29; DyC 84:82).

El milagro de este planeta tiene muchas continuas y maravillosas sutilezas. Wendell Berry escribió:

"Quien realmente haya considerado los lirios del campo o los pájaros del aire y meditado en la improbabilidad de su existencia *en este cálido mundo dentro de las frías y vacías distancias estelares* apenas se sorprenderá de que el agua se volviera vino, lo cual, después de todo, es un milagro muy pequeño. Nos olvidamos del milagro mayor y continuo por el cual el agua (con tierra y luz solar) se convierte en uvas".¹⁵

Cortesía de White Flower Farm



Al dar reverencia a lo que el Señor ha creado, hemos de darle reverencia a él y a su carácter lo bastante como para esforzarnos a ser más como él, tal como él lo ha mandado (véase Mateo 5:48; 3 Nefi 12:48; 27:27). Por tanto, no es de sorprender que el poder de la deidad que se revela en los lirios asimismo se revela en las ordenanzas de su Evangelio (véase DyC 84:20). Temáticamente, estas ordenanzas tienen que ver con nuestros convenios, limpieza, obediencia y preparación, todas conductualmente necesarias para que tengamos el poder de realizar el viaje de regreso a casa.

Estas expresiones personalizadas de amor y poder divinos de todos modos nos importan mucho más que intentar enumerar las asombrosas galaxias o comparar el número de planetas con el de estrellas. Nosotros los profanos en la materia no lo podríamos comprender de todas formas. El obtener santificación espiritual importa muchísimo más que las cuantificaciones cósmicas.

Así que, al ensanchar nuestra visión, tanto del universo como de los extensos propósitos de Dios, nosotros también podemos exclamar reverentemente, “¡Oh cuán grande es el plan de nuestro Dios!” (2 Nefi 9:13).

Por tanto, al explorar, meditar y aprender, ciertamente debemos estar llenos de asombro, así como también debemos ser intelectualmente mansos. El rey Benjamín nos aconsejó con estas palabras simples y a la vez profundas:

“Creed en Dios; creed que él existe, y que creó todas las cosas, tanto en el cielo como en la tierra; creed que él tiene toda sabiduría y todo poder, tanto en el cielo como en la tierra; *creed que el hombre no comprende todas las cosas que el Señor puede comprender*” (Mosiah 4:9; énfasis agregado).

Desgraciadamente, en nuestra época, hermanos y hermanas, hay algunos que creen que si no pueden comprender algo, entonces Dios tampoco puede comprenderlo. Irónicamente, algunos en realidad prefieren a un “Dios pequeño”. Lo que sería mejor para todos nosotros, tanto los científicos como los no científicos, en lugar de tratar de hacer de menos a la divinidad, es ¡tratar de dar más importancia a nuestra humildad personal!

Con todo lo espectacular de lo que la ciencia ha aprendido acerca del universo hasta ahora, aún así es muy poco. De la imagen de 1995 del Hubble de un “campo profundo”, se dijo que “dicha muestra, la más



profunda que jamás se haya tomado de los cielos, cubría... ‘una partícula del cielo de sólo la anchura de una moneda de diez centavos de dólar situada a unos 23 metros.’”¹⁶

¡El alma se conmueve, hermanos y hermanas!

Sea cual sea la propia muestra que recibió Moisés, no es de extrañar que se sintió sobrecogido y “cayó a tierra” diciendo que “el hombre no es nada” (Moisés 1:9–10).

Misericordiosamente la revelaciones, aunque nos asombran, nos dan certeza del amor de Dios: “Ahora bien, hermanos míos, vemos que Dios se acuerda de todo pueblo, sea cual fuere la tierra en que se hallaren; sí, él tiene contado a su pueblo, y sus entrañas de misericordia cubren toda la tierra. Éste es mi gozo y mi gran agradecimiento; sí, y daré gracias a mi Dios para siempre. Amén” (Alma 26:37).

De modo que, hermanos y hermanas, el Señor se acuerda de cada una de sus muchas creaciones. Fíjense una vez más en los muchos “puntitos” en sólo un sector de nuestra galaxia de tamaño común y corriente, la Vía Láctea:



Él las conoce todas. Piénsenlo. Así como el Señor conoce cada una de estas creaciones, también conoce y ama a cada uno de los que se encuentran en este grupo, o en cualquier grupo; de hecho, ¡a cada miembro de la humanidad! (véase 1 Nefi 11:17).

La determinación divina es muy tranquilizante, tal como lo indican estas palabras en Abraham: “No hay nada que el Señor tu Dios disponga en su corazón hacer que él no haga” (Abraham 3:17). Su capacidad es tan extraordinaria que dos veces en dos versículos del Libro de Mormón nos recuerda cortés y a la vez determinadamente que él realmente es “capaz” de efectuar su propia obra (véase 2 Nefi 27:20–21). ¡Y sí que lo es!

Además, ¡el orden se refleja en las creaciones de Dios!

“Y vi las estrellas, y que eran muy grandes, y que una de ellas se hallaba más próxima al trono de Dios; y había muchas de las grandes que estaban cerca...

“Y así habrá la computación del tiempo de un planeta sobre otro, hasta acercarte a Kólob, el cual es según la computación del tiempo del Señor. Este Kólob está colocado cerca del trono de Dios para gobernar a todos aquellos planetas *que pertenecen al mismo orden que aquel sobre el cual estás*” (Abraham 3:2, 9; énfasis agregado).



Un científico dijo de la configuración cósmica, “Puede que estemos viviendo entre gigantescas estructuras

de panales o células”.¹⁷ Algunos científicos dicen que ciertas galaxias “parecen estar organizadas en una red de hilos, o filamentos, rodeando regiones del espacio grandes y relativamente vacías, conocidas como huecos”.¹⁸ Otros astrónomos dicen que han descubierto un “enorme... muro de galaxias... la mayor estructura observada del universo hasta la fecha”.¹⁹ Encomiablemente, esos científicos siguen adelante.

Sin embargo, claro está que para nosotros la tierra nunca fue el centro del universo, ¡como muchos una vez creyeron ingenuamente! Tampoco hace muchas décadas que muchos también pensaban que la Vía Láctea era la única galaxia en el universo.

Pero cuanto más sabemos, más vitales se hacen las preguntas de *por qué* y sus correspondientes respuestas. Sin embargo, las respuestas a las preguntas de *por qué* se obtienen sólo mediante revelación dada por Dios el Creador, y todavía hay más por venir:

Todos los tronos y dominios, principados y potestades, serán revelados y señalados a todos los que valientemente hayan perseverado en el evangelio de Jesucristo.

Y también, si se han fijado límites a los cielos, los mares o la tierra seca, o el sol, la luna o las estrellas,

todos los tiempos de sus revoluciones, todos los días, meses y años señalados; y todos los días de sus días, meses y años, y todas sus glorias, leyes y tiempos fijos, serán reve-

lados en los días de la dispensación del cumplimiento de los tiempos. (DyC 121:29–31)

Por lo tanto, hermanos y hermanas, al contemplar el universo, no vemos un caos inexplicable o agitación cósmica. En cambio, los fieles ven a Dios “obrando en su majestad y poder” (DyC 88:47). Es como ver un ballet cósmico divinamente coreografiado, ¡espectacular, tenue y tranquilizante!

Aun así, en medio de nuestro sentimiento sobrecogido por la maravilla y el asombro, “los afanes del mundo” pueden vencernos (véase DyC 39:9). La rutina aburrida y la repetición pueden causar que miremos indiferentemente hacia abajo en lugar de reverentemente hacia arriba y afuera. Podemos quedarnos separados del Creador, quien en esos momentos parece una estrella lejana y distante: “Porque ¿cómo conoce un hombre al amo a quien no ha servido, que es un extraño para él, y se halla lejos de los pensamientos y de las intenciones de su corazón?” (Mosíah 5:13).

Sabemos que el Creador del universo también es el Autor del plan de felicidad. Podemos confiar en él. Él sabe perfectamente qué es lo que trae felicidad a sus hijos (véase Mosíah 2:41; Alma 41:10).

Mientras tanto, a medida que algunos experimentan situaciones de la vida diaria en las que sienten falta de amor y de aprecio, aún pueden saber que Dios sí los ama. Sus creaciones así lo testifican.

Por tanto, podemos confesar su mano en nuestras vidas individuales al igual que podemos confesar su mano en el asombroso universo (véase DyC 59:21). Si confesamos su mano ahora, algún día nosotros que somos “mecidos” entre sus creaciones podremos incluso saber cómo es ser recibidos “en los brazos de Jesús” (Mormón 5:11).

El reverente regocijo, alentado ahora por estas palabras, existió hace mucho, mucho tiempo. Cuando el plan del Creador se presentó en la vida premortal, algunos “se regocijaban” (Job 38:7). ¿Por qué no? pues “existen los hombres para que tengan gozo” (2 Nefi 2:25). Que sean bendecidos para poder transmitir a sus alumnos lo contagioso de su reverencia y asombro acerca de las creaciones del Señor y de su plan para nosotros.

Para terminar, testifico que la asombrosa obra de Dios es más grande que el universo conocido. Además, testifico que los planes de Dios para sus hijos anteceden a su provisión de este hermoso planeta para nosotros. En el santo nombre de Jesucristo, amén.

Notas

1. Saint Anselm: *Basic Writings*, traducido por Sidney Norton Deane, 2a. ed. (La Salle, IL: Open Court Publishing, 1962), p. 7.
2. Carl Sagan, *Pale Blue Dot: A Vision of the Human Future in Space* (New York: Ballantine Books, 1994), p. 50.
3. Morris L. West, *The Tower of Babel* (New York: William Morrow, 1968), p. 183.
4. José Smith, *Enseñanzas del Profeta José Smith*, comp. Joseph Fielding Smith (Salt Lake City: La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, 1954), p. 267.
5. J. Reuben Clark Jr., *Behold the Lamb of God* (Salt Lake City: Deseret Book, 1962), p. 17.
6. Stephen W. Hawking, *A Brief History of Time: From the Big Bang to Black Holes* (New York: Bantam Books, 1988), p. 126.
7. Freeman J. Dyson, “Energy in the Universe”, *Scientific American* 224, no. 3 (September 1971): p. 59.
8. Ralph Waldo Emerson, “Nature”, en *The Complete Works of Ralph Waldo Emerson*, ed. centenario, 12 tomos. (Boston: Houghton Mifflin, 1903), 1:7.
9. Stephen Strauss, “Universe May Have Regular Pattern of Galaxies, New Findings Suggest”, *Deseret News*, March 4, 1990, p. 2S.
10. “¡Grande Eres Túl”, *Himnos* (Salt Lake City: La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, 1992), núm. 86.
11. Alexander Pope, “Essay on Man”, en *The Poems of Alexander Pope*, ed. John Butt (New Haven, CT: Yale University Press, 1963), p. 504–505.
12. Stephen Hawking, *Black Holes and Baby Universes and Other Essays* (New York: Bantam Books, 1993), p. 99.
13. Albert Einstein, en Ronald W. Clark, *Einstein: The Life and Times* (New York: World Publishing Company, 1971), p. 19.
14. Allen Sandage, “A Scientist Reflects on Religious Belief”, *Truth Journal*, ed. para el Internet, tomo 1 (1985), leaderu.com/truth/1truth15.html.
15. Wendell Berry, “Christianity and the Survival of Creation”, en *Sex, Economy, Freedom, and Community: Eight Essays* (New York and San Francisco: Pantheon Books, 1993), p. 103.
16. Michael Benson, “A Space in Time”, *Atlantic Monthly* 290, núm. 1 (July–August 2002), p. 105.
17. David Koo, en Strauss, “Universe May Have Regular Pattern”, p. 2S.
18. Chaisson y Steve McMillan, *Astronomy Today* (Englewood Cliffs, NJ: Prentice Hall, 1993), p. 559.
19. Corey S. Powell, “Up against the Wall”, *Scientific American* 262, no. 2 (February 1990): p. 19.